

CONTRA LOS LOBOS

Alberto Torres Blandina

a Marta

revolución

*Lo que vas a encontrar aquí es la estúpida
historia de un niño estúpido.*

CHUCK PALAHNIUK, *Asfixia*

volición

*Aguardan, pacientes y confiados, porque saben
que volverán a reinar sobre la tierra.*

H. P. LOVECRAFT, *El horror de Dunwich*

evolución

¿Qué le habéis hecho a sus ojos?

ROMAN POLANSKI, *La semilla del diablo*

Ocurrió una mañana, a la salida de clase. Alex iba andando de camino a casa y vio todo lo que pasó.

Todos lo vimos. Medio instituto estaba allí.

Supongo que aquello le hizo pensar. Que algo hizo *clac* en su cabeza.

Nos quedamos con la boca abierta... y no me refiero a lo de Edu Santiago. Ya estamos acostumbrados a Edu Santiago.

Dicen que ha estado en el reformatorio y no es difícil adivinar que en unos años irá a la cárcel, como sus hermanos.

Lo realmente raro fue lo que ocurrió luego, lo de ese chico nuevo. Eso sí que no se lo esperaba nadie.

Son un montón de hermanos, no sé cuál peor. Edu es el pequeño. Ese día, cuando salimos de clase, estaba al final de la avenida golpeando a un niño de unos diez años que no quería soltar su bici.

Mi madre dice que lo evite, así que me fui por otra calle y no vi nada. Pero me lo contaron. Al día siguiente no se hablaba de otra cosa en el instituto.

A mí una vez me robó algo de dinero. Me dijo que llevaba una navaja en el bolsillo. Yo no la vi pero igualmente se lo di. Eran solo unos euros.

Seguro que sus padres le pegan o son drogadictos o algo de eso.

Alex salió un poco más tarde. Se había quedado para sacar un libro de la biblioteca. Supongo que alguno de esos panfletos anarquistas o comunistas, no sé exactamente, que suele llevar a clase como dándose importancia. Porque yo creo que ni se los lee. Yo creo que los saca para pasearlos, convencido de que así nos parece un tío más interesante.

Llamó *puta* a mi novia, sin venir a cuento. Íbamos paseando y Edu Santiago estaba sentado en uno de los bancos del parque con un colega suyo fumando porros. Le gritó *puta* y le preguntó cuánto le cobraba por chupársela. No le hice caso. Aceleramos el paso y ya. No quería problemas. ¿Para qué?

Yo le compré una bici, hace unos meses. Me habían robado la mía... a lo mejor él, quién sabe. Le pregunté porque sé que siempre tiene alguna para vender. Y si no, te la consigue rápido. Me la dejó bastante barata.

El niño lloraba y gritaba que era un regalo de sus abuelos. Se aferraba al manillar y Edu Santiago lo amenazaba con el puño en alto y le daba golpes en los nudillos para que se soltara. Pero el chaval no se soltaba.

Sergio Tarazona fue el primero en encontrarse con la agresión. Se apoyó en una farola y se quedó observando el forcejeo. Dicen que riéndose del niño, que acababa de mearse. Yo no vi que se hubiese meado. A lo mejor no me fijé. O a lo mejor se lo inventó Sergio.

Mis padres conocen a sus padres. Es bastante buen estudiante.

Mucha gente, al ver lo que estaba pasando, cambiaba de acera y continuaba. Otros se quedaron a mirar.

Alex también estaba por allí. Iba unos pasos por detrás de nosotros con varios libros en la mano. Vimos jaleo y nos acercamos a ver.

Lo que no sé es por qué Edu Santiago no se fue cuando empezó a llegar la gente. Me imagino que pensó que la cosa sería más rápida, que en dos empujones se desharía del chiquillo y se largaría triunfal con la bici. Pero el niño era cabezota. No estaba dispuesto a dejarse robar.

Nadie quería perderse el espectáculo. La gente se detenía para mirar y poco a poco fue formándose una especie de circunferencia irregular. Es verdad que Sergio Tarazona estaba un poco más cerca que el resto y que no dejaba de hacer el tonto, pero vamos, que no era el único que se había detenido a cotillear. Había muchos estudiantes. También un par de señoras que acababan de salir del supermercado y no hacían más que preguntarnos qué pasaba y por qué discutían, como si no fuera obvio.

El alboroto hizo que se asomaran algunas personas a las ventanas. Un hombre le gritó a Edu Santiago que dejara al niño en paz. Lo repitió un par de veces y, visto el poco caso que le hizo, ya no volvió a decir nada. Se quedó allí mirando.

Solo le faltaban las palomitas. A Sergio Tarazona, digo. Parecía que en lugar de asistir a una pelea estuviese asistiendo al estreno de una película. No dejaba de reír y hacer bromas.

Yo pensé en volver al instituto y contarle lo que estaba ocurriendo a algún profesor, pero al final no lo hice.

A ver, me sabe mal por el niño, pero entiendo que Sergio Tarazona se reía porque era todo bastante cómico. Se había

meado, dicen, y no dejaba de suplicar: *Por favor, por favor*. Está claro que si me hubiese ocurrido a mí no me haría ni pizca de gracia, pero yo qué sé, no me ocurrió a mí.

El nuevo llegó corriendo. Se abrió paso a empujones entre la gente y cuando llegó a la altura de Edu Santiago se abalanzó sobre él.

Hacía unas dos semanas que había llegado al instituto. Nosotros ni siquiera sabíamos su nombre, nos lo dijeron más tarde.

Pablo, sí. Se incorporó a la clase a principios de noviembre y se sentó detrás. Solo. Yo pensé que era tímido, pero a lo mejor es que no le apetecía hablar con el resto de alumnos. Se ve que es raro de cojones.

Es un alumno de altas capacidades. Pero es absolutamente incapaz de relacionarse con los demás. Me pregunto qué hizo que Alex, un chico bastante popular, por decirlo de alguna forma, se acercara a él.

Pablo no se lo pensó. Salió de la nada y fue directo hacia Edu Santiago, que no tuvo tiempo de reaccionar. Como un toro lo embistió y se lo llevó por delante.

Mi tío, que es profesor en su antiguo instituto, dice que lo expulsaron por empujar a un compañero escaleras abajo.

Yo estaba con mi novio. No nos enteramos muy bien de lo que estaba pasando hasta que escuchamos el alboroto al final de la avenida. Entonces me cogió de la mano y corrimos a ver qué ocurría. No me lo podía creer. Edu Santiago estaba en el suelo y el tal Pablo le daba patadas en las costillas.

Todos comenzaron a chillar, excitados por la pelea. Alex apareció a mi lado. Me preguntó qué pasaba. Le dije que el

nuevo estaba dándole una paliza a Edu Santiago y se quedó mirando la escena muy concentrado.

El profesor de Francés pasó con el coche por la avenida. Aminoró un poco la velocidad para ver qué pasaba y continuó adelante. Todos los coches aminoraban al ver alboroto. No sé cómo no hubo un accidente.

No debería decir esto, pero juro que disfruté cada patada.

Le rompió alguna costilla seguro.

A simple vista parece un chaval normal. Lo expulsaron de otro instituto también por pegarse o algo así. No lo aparenta, pero tenías que haber visto la patada que le metió a Edu Santiago en la cara. Muy tranquilo. Como si patease gente cada día.

Comenzó a escupir sangre. Tuve que girarme porque me daba un poco de asco. Pensé que lo iba a matar.

Algunos comenzaron a jalearse a Pablo. Al principio con timidez y, poco a poco, cuando vieron que Edu Santiago no tenía ninguna oportunidad frente a él, con más ganas.

Yo solo pensaba en lo que pasaría cuando se enterasen sus hermanos. Tiene huevos, eso hay que reconocérselo.

Ese día no había ido al instituto porque me dolía la regla y me quedé en casa, pero me lo contaron. Ese chaval nuevo está loco.

Comenzó a darle patadas y el niño, asustado, al ver que ya nada le impedía marcharse, se subió en la bicicleta y desapareció. Ni siquiera se quedó a ver cómo acababa la cosa.

Edu Santiago se levantó como pudo y comenzó a correr atravesando la avenida. Por suerte no pasaba ningún coche en ese momento, porque cruzó sin mirar. Pablo no lo persiguió. Supongo que pensó que ya había tenido bastante.

Sergio Tarazona le chocó la mano al niño cuando pasó pedaleando por su lado. El chavalín estaba confundido. Una semana después lo vi con su madre en la panadería. Vive cerca de casa de mis abuelos.

Edu comenzó a insultar a Pablo y a decirle que lo iba a matar, pero cuando ya estaba en la otra acera. Todos pensamos lo mismo: mañana lo esperará a la salida de clase: mañana se liará gorda de verdad.

Cuando se marchó cojeaba y tenía sangre en la camiseta. A mí me dio un poco de pena. Yo qué sé, seguro que no lo ha tenido fácil en la vida. Dicen que su madre es drogadicta y que cada hermano es de un padre. Aunque no sé, porque se parecen bastante.

Lo que nos dejó de piedra es lo que pasó después. Ya ves, Sergio Tarazona, que no ha matado ni una mosca en su vida.

Ahora que sabemos más cosas de Pablo tampoco me extraña tanto. Tiró a un compañero por las escaleras del instituto. Humberto se llama. Delante de todos. Ni siquiera disimuló. A la salida del recreo, que es la hora en la que hay más gente en los pasillos. Como si quisiera que todos fuesen testigos.

Dice mi tío que cuando los profesores lo interrogaron no lo negó ni puso ninguna excusa. Le preguntaron si lo había empujado y dijo con total tranquilidad que sí, que había sido él y que lo había hecho a propósito.

La calle parecía una fiesta. Salí al balcón a ver qué pasaba y vi que había muchos estudiantes del instituto jaleando a un chico alto. Un chico de aspecto muy normal, no vestía raro ni nada.

Entonces no sabíamos ni que se llamaba Pablo. Era solo *el nuevo*.

Le pregunté a Alex, me dijo que iba a su clase, que se sentaba solo al final del aula y no abría la boca. Que parecía un tío muy interesante. Le pregunté que por qué le parecía un tío muy interesante si no abría la boca. No me respondió.

Yo no lo había visto nunca. Acababa de llegar al instituto. Me pareció atractivo. Demasiado larguirucho y con los ojos un poco juntos, pero tiene algo, ¿no? Aunque si tengo que elegir me quedo con Alex. Alex es muy guapo.

Pablo se giró y comenzó a caminar lentamente hacia donde estábamos. Respiraba muy fuerte. Algunos empezaron a aplaudirle. Delante de nosotros estaba Sergio Tarazona, que se había autoproclamado el director del coro de espectadores.

Se lo merecía, dijo a la policía. No quiso dar más explicaciones por lo de Humberto. Lo expulsaron del instituto inmediatamente y lo mandaron al nuestro. El chaval se había fracturado dos costillas y la tibia al caer por las escaleras.

Nadie se lo esperaba. Y Sergio Tarazona menos que nadie. Llegó frente a él y se detuvo sin dejar de mirarlo. Este, sonriente, extendió la mano para dársela al estudiante que había conseguido humillar a Edu Santiago. Había cierto orgullo en su mirada. Entonces, sin mediar palabra, Pablo le metió un cabezazo en la cara que hizo que perdiese el equilibrio y se cayese de culo sobre la acera.

Todos nos callamos de pronto.

Yo no me había ni enterado. Me extrañó el repentino silencio y me asomé por entre la gente. Sergio estaba sentado en el suelo con la mano en la cara y la nariz sangrando.

Sonó a caja de regalo que cae al suelo y sabes que algo se ha roto dentro pero no sabes qué.

Estuvo varias semanas viniendo al instituto con un vendaje nasal. Cuando veía a Pablo por los pasillos se escondía. A veces lo asustábamos diciendo *¡Que viene Pablo!* y tenías que ver los saltos que pegaba.

Muchos nos alejamos de él asustados. Yo pensé que iba a empezar a repartir hostias a todo el mundo. Que se había vuelto loco.

Se veía en la cara de la gente que nadie entendía nada.

Echó un vistazo rápido a los que estábamos allí, se dio media vuelta y se fue caminando hacia su casa.

Mi padre dice que su familia es muy pobre, que ha visto a su madre ir a pedir comida al comedor social.

Igual Sergio y él ya se conocían de antes y se la tenía guardada o algo, porque si no, pues no lo entiendo.

Sergio Tarazona va a mi clase desde primaria. Es un trozo de pan.

Tardó casi dos minutos en reaccionar. Le ofrecimos ayuda para incorporarse pero estaba como en *shock*. Algunos nos acercamos para solidarizarnos con el chaval. Alex no lo hizo. Parecía estar rumiando algo en su cabeza.

Sergio no ha hecho nada, soltó de pronto, mientras volvíamos a casa. Pensé que quería decir que no había hecho nada para merecer que le rompiesen la nariz. Alex se dio cuenta de que no le habíamos entendido y matizó. Que Sergio no ha hecho nada por ayudar al niño, quiero decir. Podía haberle ayudado y, sin embargo, se quedó mirando cómo le robaban la bicicleta riéndose como si la cosa no fuese con él.

Yo estuve a punto de decirle que es que la cosa no iba con él, pero Alex no había acabado su reflexión: Nadie hicimos nada en realidad, dijo.

Estaba muy serio. Al día siguiente los vieron juntos en el recreo. A Alex y a Pablo.

Cada día corría el rumor de que iban a ir los hermanos Santiago a darle una paliza a la salida del instituto pero nunca aparecieron. Yo creo que Edu vio algo en los ojos de Pablo que nunca había visto antes: que no tenía miedo: que le daba igual todo: que podía llevarse por delante a quien fuera sin importarle lo más mínimo las consecuencias.

Al parecer, empujó a aquel chaval por lo que pasó con Rosa. Se llama Humberto, yo lo conozco porque juega a futbito. Es un poco capullo, pero bueno, de ahí a tirarlo por las escaleras...

Ya en casa, estuve pensando en lo que había insinuado Alex: que Pablo nos consideraba a todos culpables. A todos los que estábamos allí y no hicimos nada. Pero ¿qué íbamos a hacer?

Yo estaba la noche de lo de Humberto y Rosa. Hicimos botellón en el río y ella se puso fatal. No sabía ni dónde estaba. No hacía más que repetirnos que la lleváramos a casa, pero todos estábamos bastante alcoholizados. Así que ahí la dejamos, en el césped tirada a ver si se le pasaba.

Al día siguiente, Pablo llegó a clase y se sentó en la última fila muy tranquilo, como si el incidente de la bicicleta y, sobre todo, el cabezazo a Sergio Tarazona, jamás hubiese ocurrido. Sus compañeros no le dirigieron la palabra. Salvo Alex. Fue extraño. No nos lo esperábamos de Alex. Que lo buscara en el patio de recreo y se sentara a su lado.

A Rosa le sienta fatal el alcohol.

Le dije a Alex que no entendía por qué defendía a Pablo. Sergio Tarazona no ha hecho nada, dije. Exacto, me respondió. Nadie hizo nada. Golpeó a Sergio porque no podía golpearlos a todos. No podemos mirar hacia otro lado. Si existe gente como Edu Santiago es porque dejamos que exista. Éramos muchos y nadie movió ni un dedo por ayudar al niño. Todos somos responsables.

La noche del botellón, Humberto desapareció un rato. Yo no me había dado ni cuenta. Cuando volvió llevaba una sonrisa de oreja a oreja. Oled, dijo acercándonos el dedo índice a la nariz.

Íbamos muy borrachos ese día.

Yo olí el dedo y Humberto comenzó a reírse. Habíamos fumado un poco de marihuana así que no parábamos de reírnos.

Pablo no estaba. Nunca ha venido a ninguna fiesta. Tampoco lo hemos invitado, la verdad. No sé cómo se enteró de aquello. Supongo que alguien lo contó en clase y él lo escuchó.

Se llevaba muy bien con Rosa. Son vecinos y se conocen desde niños. Es Rosa la que me contó que su familia lo estaba pasando muy mal. Su padre en paro desde hacía años, al borde de la depresión, y su abuelo muy enfermo en la cama.

Humberto casi se cae de la risa. Huele al coño de Rosa, dijo. Al principio no lo entendí. Entonces la señaló. Estaba unos metros detrás de nosotros, inconsciente sobre el césped. Llevaba el primer botón del pantalón desabrochado.

Preguntó si queríamos probar nosotros también. Ni se va a enterar, dijo comenzando a caminar hacia ella, dispuesto a repetir su hazaña delante de los demás. Entonces llegaron las chicas que volvían de comprar tabaco y el plan fue abortado.

Yo no me lo creo. Humberto no es así. A la gente le gusta mucho meter mierda de los demás.

A lo mejor no debería haberse emborrachado tanto.

Lo empujó por las escaleras porque es el hijo del jefe de la empresa donde trabajaba su padre y lo había despedido. Lo de Rosa es una excusa.

A mí me lo contó Humberto en clase el lunes siguiente, riéndose. Me dijo bromeando que no pensaba lavarse el dedo nunca más.

Le hicieron un montón de pruebas porque tenía contusiones en la cabeza y no sabían si podían haberle causado algún daño cerebral. Son unas escaleras bastante empinadas.

Aunque tengas razón y Sergio Tarazona se mereciese el cabezazo por cómplice, como dices tú, que yo no estoy de acuerdo. ¿Pablo quién se cree que es? ¿Harry el Sucio? ¿Batman? ¿Ha llegado un nuevo justiciero a la ciudad? Alex no me contestó. Su silencio era de suficiencia. Como si supiese algo que los demás no podíamos entender y no quisiese perder el tiempo intentando explicarlo. Después de ese día, comenzó a alejarse de nosotros, sus amigos de toda la vida. Había visto algo en Pablo que no entenderemos nunca.

No sé si es verdad eso que dicen que Humberto le hizo a Rosa, pero, yo qué sé, él también iba borracho, ¿no?

Los bates de béisbol se los vendí yo. Hay dos modelos. El de metal y el de madera. Eligieron el de metal. Entonces no sabía ni quiénes eran. Ahora todos lo sabemos.

La cosa no había hecho nada más que empezar. Se ve que a Pablo le gustó cómo sonaban los huesos al romperse.

Pero ¿quién coño es este chalado?, pregunta el policía más joven. No le importa que estés delante. Tal vez cree que como no hablas tampoco puedes oírle. Te maldice una y otra vez. Lo estás poniendo nervioso. Quiere acabar con esto ya: encerrarte en la celda y largarse a tomar un café al bar que hay junto a la comisaría, pero la burocracia es la burocracia y ni siquiera ha conseguido tu nombre. El formulario sigue en blanco sobre la mesa. A lo mejor no nos entiende, dice su compañero. Habla pausado. Es fácil darse cuenta de que es un hombre tranquilo. Deberíamos buscar a alguien que traduzca, continúa. Empieza la frase sentado pero la acaba de pie. Parece que se le ha ocurrido algo. Camina hacia la puerta, la abre y desaparece. El policía joven saca el móvil del bolsillo y comienza a enviar un mensaje. Suena un molesto *clic* cada vez que el policía pulsa una letra en la pantalla táctil. El policía tranquilo vuelve. ¿Sabes dónde está el atlas?, pregunta, mira a su alrededor y sale de nuevo sin esperar respuesta. La puerta queda entreabierta. Se te escapa un quejido de dolor. Un quejido de animal herido. Te frotas la mejilla inflamada con cuidado. El policía joven no se da ni cuenta. Y si lo hace, no se inmuta. Durante un par de minutos está concentrado en el intercambio de mensajes a través del móvil. Después levanta la vista y te mira. Guarda el teléfono y se dedica a observarte sin pudor alguno como si fueses un mono del zoológico. Primero centra su atención en el cráneo rasurado, lleno de cicatrices y arañazos, que cada mañana afeitas con una vieja navaja justo antes de las

abluciones, el saludo al sol y la primera oración del alba. Después se fija en tu ropa vieja y estropeada. La camiseta tiene agujeros y descosidos. También la chaqueta. En alguna época pasada fue moderna pero no lo es en este momento. Su mirada pasa rápidamente por los vaqueros, tan sucios que parecen marrones. Toda la ropa tiene un color indefinido más cercano al barro seco que a otra cosa. Detiene sus ojos en tus pies descalzos, maltratados, y aparece un gesto de desprecio en su cara. En ese momento vuelve el policía tranquilo con un atlas geográfico en la mano izquierda. Lo abre buscando una página en concreto. Es un libro antiguo y algo descolorido que muestra un mundo en el que todavía existen lugares como Yugoslavia o Checoslovaquia. Encuentra la página, que en realidad son dos, y te enseña un mapamundi. Lo miras fijamente pero pareces no verlo. Da la sensación de que no solo no tienes la capacidad de saber interpretar un mapa, sino que ni siquiera sabes interpretar lo que es un libro. Podías haberlo buscado en internet, dice el policía joven. ¿Qué?, responde el otro. Que podías poner en Google “mapa de la Tierra”, elegir uno cualquiera y enseñárselo, no hacía falta que buscaras el atlas. El policía tranquilo no contesta a su compañero. Se vuelve nuevamente hacia ti. ¿De dónde eres?, pregunta y señala con su dedo índice algunos países. Se detiene en Rumanía. Parece haber decidido que eres rumano. Tal vez porque leyó días atrás una noticia en el periódico donde se contaba que Rumanía es todavía un país atrasado con respecto a Europa, de agricultores y ganaderos. Y tú tienes las manos callosas. Manos acostumbradas a trabajar la tierra. También encaja en su hipótesis tu piel morena y curtida a la intemperie. Rumanía, dice marcando las sílabas. ¿Eres de Rumanía? Tú. Rumanía. Señala

tu pecho y después el mapa. Dos veces. Lo miras a los ojos. El dedo se mueve pero tú lo miras a los ojos. El policía joven se acerca y señala lugares al azar en el mapamundi, violentamente. ¿Que de dónde eres? ¿Estás sordo o qué te pasa? ¿Te has caído de una nave espacial? Vamos a encerrarlo. No va a decirnos nada. Se aleja, saca el móvil y vuelve a abstraerse. El policía tranquilo lo intenta de nuevo. Señala ahora América del Sur. No parece convencido de lo que hace. Te mira una y otra vez. No le encaja América del Sur con la fisonomía del hombre que tiene delante, pero es una opción más razonable que África o Asia. Lentamente acerca su mano hacia ti. Teme una reacción violenta que no llega. Coge tu dedo índice y la coloca sobre el mapamundi. No te asustas ni rechazas el contacto. Simplemente le dejas hacer. Tu dedo cae sobre el mapa. Sobre Arabia Saudí. Es solamente una casualidad, podría haber caído sobre cualquier otro lugar. El policía lo sabe. Está bien, encerrémoslo en el calabozo, dice. Te agarra del brazo indicándote que te levantes. Aprieta tu bíceps en un movimiento inconsciente. La extrema delgadez no le había permitido adivinar tu alto tono muscular. Al levantarte sueltas un quejido que te hace cerrar los ojos. Tu mano va de nuevo a la mejilla izquierda. ¿Estás bien?, pregunta el policía. No espera respuesta, pero espera a que te recuperes para acompañarte al piso inferior por unas escaleras bastante inclinadas. Allí está la celda. La abre y te invita a entrar con un pequeño impulso. Está a punto de irse pero entonces piensa algo y vuelve sobre sus pasos. Abre de nuevo la puerta y deja el atlas junto a la banqueta en la que te has sentado. No parece saber por qué lo hace exactamente. Porque ha visto muchas películas de policías, tal vez sea eso. Cierra la celda y sube las escaleras. Su compañero

sigue en el mismo lugar en el que lo ha dejado, escribiendo en el móvil. ¿Por qué no quitas ese sonido del teclado?, dice. Es muy molesto. El policía joven no le contesta. ¿Qué edad crees que tendrá? ¿Cuarenta? ¿Cuarenta y cinco? El policía joven levanta los hombros. Voy a sacarme un café de la máquina, ¿quieres?, continúa. Esta vez hay respuesta: No. El policía tranquilo camina hacia la salida de la comisaría. La máquina está junto a la puerta. Hay tres personas en la sala de espera, aguardando su turno para poner denuncias. Lo miran acercarse a la máquina. No tienen nada que hacer así que estudian cada uno de sus movimientos. Cómo busca la moneda en su bolsillo. Cómo la inserta en la ranura. Cómo pulsa el botón del capuchino. Cómo cae el vaso y después el café y por último el chocolate. No tienen nada mejor que hacer que observarlo hasta que ocurre algo más interesante: la puerta se abre y entra otra pareja de policías con un detenido. Es un niño. Su compañero los observa desde la máquina de café. Coge el vaso de plástico y los sigue. Este chaval es rumano, ¿verdad?, pregunta. Aunque por su tono de voz se aprecia que sabe perfectamente la respuesta. No es la primera vez que lo ve por comisaría. Se dedica a robar carteras y móviles que la gente deja sobre las mesas de las terrazas del centro, principalmente a turistas. Como es menor no pueden hacerle nada. En unas horas aparecerán sus padres y se lo llevarán. Y vuelta a empezar. Necesito que venga conmigo abajo, sigue hablando el policía tranquilo a los recién llegados mientras remueve el capuchino con una cucharita de plástico transparente. Quiero que me haga de traductor. Se gira hacia el niño. Aparenta unos ocho años de edad y parece no haberse lavado en días: huele mal y tiene el pelo enredado. ¿Hablas español?, le pregunta agachándose para estar a su altura.

El niño lo mira. Si me ayudas te daré un chicle, dice sacando un paquete del bolsillo. ¡Mejor dale un cigarrillo!, bromea uno de los policías. Es pelirrojo pero no tiene pecas. El niño intenta coger el paquete de chicles con un movimiento rápido, pero el policía lo esconde en el interior de su mano demostrando unos buenos reflejos. Si me ayudas te lo daré. El paquete entero. ¿Hablas español? El niño asiente. ¿Vienes conmigo entonces? El niño no contesta. El policía tranquilo lo toma por un sí y comienza a caminar hacia la escalera. Vamos, Otilius, dice el pelirrojo y lo obliga a seguirlos. En ese momento aparece el policía joven. Todavía lleva el móvil en la mano. Yo, si no me necesitáis, voy al bar a ver si me da tiempo a tomarme un café en condiciones. Desaparece sin esperar respuesta. Los dos agentes acompañados del menor bajan las escaleras. Sigues sentado en la banqueta de la celda. Inmóvil. Inmóvil como una estatua griega o como uno de esos monjes budistas que salen en los documentales. Tus ojos están abiertos pero cualquiera diría que no ves nada, que el mundo ha desaparecido a tu alrededor. Transmitirías paz si no fuese por una leve expresión de dolor en tu rostro, por esos instantes casi imperceptibles en que los músculos de tu cara se contraen y aprietan los dientes con fuerza en un acto reflejo. ¿Qué ha hecho?, pregunta el policía pelirrojo en un susurro. Nada, lo encontramos caminando por una carretera en las afueras de la ciudad. Como le vimos la pinta tan rara le pedimos la documentación, pero no lleva nada que lo identifique y no hemos conseguido sacarle ni una palabra. Yo creo que es extranjero, por eso se me ha ocurrido traer al niño. A lo mejor hay suerte, es rumano y el chiquillo puede hacernos de intérprete. Abre la celda y entra seguido de su compañero y el menor. Mira el atlas que sigue en

el lugar donde lo dejó. No ha habido sorpresa. Las sorpresas solo ocurren en las películas, parece decir su expresión a medio camino entre la resignación y el convencimiento de que hay que seguir creyendo en pequeños milagros. Le pide al niño que te pregunte cuál es tu nombre y a dónde te dirigías cuando te encontraron. El niño no reacciona hasta que no vuelve a ver los chicles. Su cara desafiante deja ver al agente que no habrá traducción si no hay chicles primero. El policía cede. Se los da y solo entonces el niño comienza a hablarte en rumano. Una frase al principio. La repite. Otra después. Distinta. Poco a poco va perdiendo la vergüenza y habla rápidamente sin dejar de mirarte. Gritando. A juzgar por el volumen de su voz ha dejado de preguntarte el nombre y está profiriendo insultos contra ti. Se acerca mucho. Tanto que al gritar te salpica con su saliva en la cara. El policía pelirrojo lo coge de los hombros y lo aleja unos metros. La acritud del pequeño delincuente no es algo personal pues no os habéis visto nunca con anterioridad. El niño solamente quiere que dejes de mirar la pared de la celda y lo mires a él. Parece ser su único objetivo: despertar al extraño hombre rapado que duerme con los ojos abiertos, aunque sea mentando a su madre. Pero no lo consigue porque tú no te inmutas ante sus insultos y sus llamadas de atención. Está loco, dice en español zafándose del policía. El pelirrojo mira a su compañero. A lo mejor no hablan el mismo dialecto... Otilius es gitano. Creo que no hablan el mismo idioma que el resto de rumanos. El policía tranquilo tarda en responder. A lo mejor este hombre no es rumano, piensa en voz alta mirándote. ¿Te parece rumano? Los dos te miran. Yo qué sé, dice el pelirrojo. ¿Has mandado una foto y sus huellas dactilares a la central a ver si averiguan algo? El policía tranquilo se

acerca a ti, pasa una mano rápidamente por delante de tus ojos en un intento de que reacciones, de que parpadees al menos, pero no lo haces. Cualquiera diría, si no fuese una aberración, que has sido disecado por algún taxidermista chiflado. El policía tranquilo sale de la celda. El niño intenta seguirlo pero el pelirrojo se lo impide cerrando la puerta en sus narices. Comienza a chillar. No tiene huellas dactilares, dice el policía tranquilo. ¿Qué? Que no tiene huellas dactilares. Tiene las yemas de los dedos quemadas. Quemadas a conciencia. Si se tratase de un accidente habría quemaduras en el resto de la mano. Ambos agentes te miran los dedos desde el otro lado de los barrotes, pero es imposible ver las quemaduras de las yemas, aunque sí son visibles los estigmas de las manos, apoyadas sobre las rodillas. Estigmas similares a los que, según la Iglesia cristiana, llevaba el cuerpo resucitado de Cristo. Se nota la confusión en sus caras. No saben a qué atenerse contigo. No había visto nunca algo así, dice el policía pelirrojo. Y mira que uno, en esta profesión, ve gente rara. ¿La foto la has enviado? Sí. ¿Y has hecho un parte de los tatuajes? El policía tranquilo duda. ¿Crees que lleva tatuajes? El pelirrojo te señala inconscientemente. Mira el que asoma por su cuello, dice. ¿Puedes enseñarnos el tatuaje?, te pregunta y de nuevo es como preguntarle a una silla. El niño rumano ha dejado de gritar. Se ha colocado junto a ti, observándote con curiosidad mientras masca chicle ruidosamente. Ha escuchado la conversación de los policías porque toca con su sucio dedo las líneas azuladas que deja ver el cuello desbocado de tu jersey, que estira con violencia para ver el resto del dibujo. Como no lo consigue lo levanta dejando tu piel al descubierto. Parece tan sorprendido como los policías cuando ve tu torso desnudo: una enorme

cruz va desde las clavículas hasta los abdominales, y no es la única figura dibujada en tu cuerpo. El niño sostiene la parte inferior del jersey en alto tapándote la cara y mostrando tus tatuajes a la pareja de agentes, con la sonrisa triunfal de quien ha cazado una pieza valiosa y espera la foto que lo inmortalizará. Con curiosidad, torsiona tu cuerpo y muestra tu espalda. Parece haber decidido que eres un muñeco y puede hacer contigo lo que desee, manejarte a sus anchas. Tu espalda está llena de cicatrices y hay algunas heridas recientes hechas por una fusta o similar. Recuerdan a las de los esclavos africanos de las ilustraciones del siglo XIX. Ahí no hay ningún tatuaje, por lo que el niño vuelve a colocarte en posición normal para ver más detenidamente tu pecho, que se asemeja al cuaderno de un alumno que se aburre en clase y garabatea toda clase de signos y arabescos: pranas hinduistas, un ojo de Horus, triskeles, un *torii shinto*, una media luna, la estrella de David, el *valknut* de Odín, el laberinto de Chartres, una *svástica*, el yin-yang, la mano de Fátima, una flor de loto, un mandala, cruces de todo tipo: cristianas, ortodoxas, egipcias, de Calatrava, celtas... Además, hay signos y palabras en diferentes idiomas y alfabetos. ¿De dónde habéis sacado a este tío?, pregunta el pelirrojo a su compañero. No es una pregunta que espere respuesta. La mayoría de los símbolos están hechos con tinta, siguiendo algún proceso casero no demasiado diferente al que utilizan los tatuadores profesionales, pero hay otros que parecen más bien cicatrices o quemaduras. El niño gitano toca con su dedo uno de los dibujos en tu costado. Un ojo. Parece haber sido grabado en la piel con metal ardiendo, como si fueses una cabeza de ganado que alguien ha marcado. Pasa su dedo una y otra vez por la herida. Ríe y mira a los policías, como invitándolos a

tocar la cicatriz en relieve. ¿Crees que pertenece a alguna mafia?, dice el policía pelirrojo. Más bien a una secta, responde el otro. Nunca había visto una cosa así. Ambos desaparecen escaleras arriba. El niño ha dejado de interesarse por los dibujos de tu cuerpo y ahora se entretiene acariciando tu collar. Lo hiciste a mano con dientes y otros huesecillos animales, hace tiempo. No le interesa demasiado. Lo deja y comienza a pincharte la cara con el dedo. Quiere imponerse sobre tu cuerpo, humillarlo, demostrar que eres suyo y puede hacer lo que quiera contigo. En sus ojos hay emoción. La emoción del doctor Livingstone adentrándose en esos lugares que no salen en los mapas. La emoción de un chico adolescente cruzando umbrales en el cuerpo de una mujer. La emoción de un escolar travieso que prueba la paciencia de su maestro. Entonces el menor clava su dedo ennegrecido en tu mejilla inflamada y lanzas un grito amenazante. Un grito profundo y grave que no parece humano. El niño recula asustado, pierde el equilibrio y cae al suelo. No esperaba una reacción tan violenta. Tu aullido de animal herido hace bajar corriendo a los dos agentes. ¿Qué ha pasado?, pregunta el policía tranquilo. Tú sigues inmóvil pero algo se ha roto en la armonía de la escena. Ya no pareces un místico buscando la unión con Dios ni un chamán que se ha perdido en su propia cabeza. Hay algo que inspira temor en la expresión de tu rostro. Está loco, dice el niño rumano levantándose del suelo y alejándose con celeridad. Quiero salir, dice con acento rumano. No quiero estar con el *gadjo* loco. Su expresión es de puro terror. Por favor, quiero salir, repite cogiéndose a las rejas de la celda. Quiero salir, *bastarzi*. Se tapa los oídos. Decid que se callen los *şopot*. Evita mirarte. Sus ojos están húmedos. Por favor. Parad los *şopot*. Los susurros.

Duelen tanto. *Doare...* Se aprieta las orejas con más fuerza, como si fuese capaz de escuchar algo que los agentes no logran percibir. ¡Que se callen ya los susurros! Separa las manos de su cabeza. Las palmas están manchadas con la sangre que sale de sus oídos.

(Abro los ojos. Espero hasta que se acostumbran a la penumbra. Estoy en el salón de casa. Creo. Miro al suelo y un impulso me hace apartar la vista. Está cubierto por una gran alfombra y la alfombra por un manto de cristales rotos. Son fragmentos de espejos. Lo sé. Y también sé, de pronto, que no debo mirarlos)

¿Por qué están las cortinas corridas? ¿Y los muebles?

—Espera unos segundos.

(Un escalofrío recorre mi espalda. Las imágenes van llegando a mi cabeza. Yo corrí las cortinas y cerré las ventanas... Para que no entrasen las bestias. También saqué los muebles e hice añicos el círculo de espejos. La habitación es ahora un caleidoscopio y estoy situado justo en el centro. Debe haber reflejos míos por todas partes. Mi cuerpo roto en añicos sobre la alfombra. Una versión picassiana de mí mismo que no voy a contemplar. Porque no bajaré la vista. Tengo miedo de encontrar sus ojos mirándome desde alguna de las esquirlas. Vigilándome)

Hace frío. Demasiado frío. ¿Sigo soñando?

—Sabes que no.

En mi sueño intentaba abrir los ojos. Sin éxito.

—Háblame de ese sueño.

Estoy tumbado. Quiero despegar los párpados pero no lo consigo. A mi alrededor hay gente. Escucho sus voces.

—Es mamá. Tal vez Elías.

¿Cómo? No, no son ninguno de ellos. Hablan con un extraño acento gutural.

—Acabas de despertar. Estás confuso todavía.

Estoy seguro de que no son ellos... Cuando por fin he conseguido abrir los ojos he despertado aquí, en casa y, ¿sabes?, esta casa es menos real que cualquier pesadilla. Ya no es mi casa. Ahora es la de *ellos*. Fueron tomándola poco a poco. Ya no me pertenece. Debemos salir de aquí antes de que vuelvan.

—¿*Vuelvan*? ¿De quiénes hablas?

Hablo del niño de piel lechosa que se esconde en los espejos. Y de ese hombre de aspecto monstruoso que lo protege...

—Tenemos que encontrar una salida.

(Camino y cada uno de mis pasos va acompañado por crujiidos de vidrio. Me acerco a la puerta de entrada. Para asegurarme. Porque van llegando imágenes a mi cabeza pero no estoy seguro de algunas de ellas. Escucho atentamente lo que hay al otro lado. Tal y como me temía se oyen respiraciones animales y algunos movimientos intranquilos)

La puerta no es una opción. ¿Escuchas a esos animales ahí afuera? Estoy atrapado. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Horas? ¿Días? Me ruge el estómago y hace mucho frío...

—Tiene que haber otra salida. Algo que todavía no hemos visto.

(Un golpe seco contra el cristal de la ventana acelera mi pulso. Corro para asegurarme de que está completamente cerrada. Me pregunto por qué no bajé las persianas. Lo intento y descubro la razón: los nidos, claro. Nidos de murciélagos y pájaros, más de los que el sentido común espera encontrar en la ventana de un edificio, evitan que el mecanismo funcione.

Inspecciono el resto de ventanas menos la de la habitación de invitados, al fondo. Me detengo frente a su puerta cerrada. Hay toallas enrolladas en el umbral y un intenso hedor que proviene de dentro. Vuelvo al centro del salón)

¿Te das cuenta? No me dejarán marchar. Y cuando ellos vuelvan a la casa, ese monstruo hará conmigo lo mismo que hizo con esa asquerosa rata...

(Levanto la vista. En la última de las estanterías de la biblioteca, ahora vacías, hay una grotesca figura de madera. Una figura humana hipersexualizada que parece gobernar la casa desde lo alto)

Me castañetean los dientes, ¿puedes creerlo? Nunca ha hecho tanto frío en esta ciudad. Ni siquiera en invierno. Estamos en invierno, ¿verdad? Es como si el frío se hubiese introducido por mis poros y estuviese dentro de mí, empapando la carne. Cristaliza. Se definen sus aristas y cortan los tejidos como uñas afiladas que saliesen de mis tripas.

—Vayamos paso a paso. Te ayudaré a salir de ahí, pero debemos estar atentos para conectar todas las piezas.

Es como esos juegos de escapismo en vivo, ¿no? Debo ir resolviendo enigmas, encontrando pistas, llaves, mapas: atravesando una habitación tras otra hasta encontrar la salida antes de que se consuma el tiempo. O sea, antes de que *ellos* vuelvan.

—Háblame del niño. Empecemos con él.

La primera vez que lo vi pensé que era uno de los gatos. Vivía con dos gatos hasta que... Hasta hace unas semanas.

Quizás más. Es difícil saberlo. Creo que estoy enfermo. Quizás no hace tanto frío. Quizás es la fiebre. O a lo mejor

esos mosquitos me han contagiado alguna enfermedad tropical. ¿Has visto mis manos? Están hinchadas. Ni siquiera puedo mover bien los dedos con tanta picadura.

(Observo el salón y lo veo tal y como era antes: el cheslón de piel gris con una tela negra por encima, la mesita baja con un cenicero siempre repleto de las colillas de Elías que a veces el aire esparcía por la alfombra, la lámpara de pie con una bombilla de luz amarillenta, las estanterías abarrotadas de libros, el macetero con el ficus. Puedo incluso verme a mí mismo recién levantado, cruzando la habitación hasta la cocina, justo al lado contrario, comunicada con el salón por una abertura en la pared desde la que me observo poner la cafetera en la vitrocerámica)

—Vayamos a ese momento. Al primer encuentro. Intenta fijarte bien. Es importante que me cuentes todo, que me describas la escena con detalle.

Estoy recién levantado cepillándome los dientes y una sombra pasa tras mi espalda. Muy rápido. Doy un paso atrás y saco la cabeza por la puerta del baño. Es un apartamento pequeño, sin pasillos, así que el baño da directamente al salón. En realidad todo da directamente al salón. Me asomo. La casa, todavía en penumbra por la poca luz del amanecer, está tranquila y muy silenciosa. Los dos gatos duermen enrollados sobre el sofá. Sigo cepillándome y, mientras me enjuago, siento de nuevo la presencia que cruza de un lado a otro tras el marco de la puerta. Hacia la cocina. Es demasiado grande para ser un gato, me digo. Escupo el agua, me seco la boca con la toalla y salgo fuera.

¿Hola?, pregunto.

¿Eli?, pregunto.

(Por un segundo me parece escuchar mi propia voz rompiendo el silencio del apartamento)

La única persona que tiene llaves de mi casa es Elías. Podemos decir que es mi pareja aunque no vivimos juntos. Los gais tenemos fama de ser muy promiscuos pero no es mi caso. Soy profundamente monógamo. Supongo que la educación católica ha hecho mella en mí.

Se me ocurre que ha venido a casa para darme una sorpresa. No sería la primera vez que aparece a las tantas de la madrugada, después de una noche de excesos, y se mete en mi cama.

Eli, no tiene ninguna gracia, digo casi gritando. Uno de los gatos abre los ojos y me observa somnoliento. De pronto su expresión cambia. Gira el cuello y se queda observando algo a su derecha. Algo invisible. Es asombroso: las pupilas le crecen hasta ocupar casi todo el iris. Saca las uñas y los dientes. Amenaza al aire. El otro gato también se despierta como accionado por un resorte y comienza a bufar. Se erizan y saltan hacia una presa que no puedo ver. Sea lo que sea, unos segundos después ya no está allí porque los animales se calman y vuelven al sofá.

—En el primer encuentro no viste nada, ¿verdad?

No, pero lo hago esa misma noche, cuando voy a lavarme los dientes. Abro el grifo, cojo el cepillo y al levantar la vista ahí está, reflejado en el espejo del baño.

—Describeme lo que ves.

Es un niño de piel blanca y ojos gris claros, como de felino. Está inmóvil en el centro del salón. Mirándome fijamente. No lleva camiseta y va descalzo. Se le notan las costillas y en el costado, justo debajo del pecho izquierdo, tiene una mancha

de nacimiento de color café con leche. Me observa en silencio, sin pestañear. Cuando consigo reunir fuerzas para girarme, con el corazón retumbando en mis oídos, descubro que el salón está vacío.

No puedo seguir así, me digo.

Las malditas pesadillas no me dejan descansar bien y estoy todo el día medio dormido, imaginando cosas que no están, me digo.

Pero al girarme, el reflejo del niño sigue ahí, en el espejo, mirándome con obcecación.

Cierro los ojos con fuerza. Invoco a Dios en un acto reflejo. Me repito que no es posible, que empiezo a ver cosas que no hay. Me hago prometer que hablaré con Elías para que me consiga pastillas para dormir del hospital. Temblando. Con los músculos tensos.

Todo está en tu cabeza. No hay nadie en tu apartamento, me repito.

Poco a poco me voy relajando. Me obligo a despegar los párpados, muy lentamente. Observo el espejo con los ojos entrecerrados y me aseguro de que la figura ha desaparecido.

Mi cuerpo se relaja. Necesito orinar.

...

Intenté convencerme de que todo estaba en mi cabeza. La falta de sueño unida a las sombras del salón me habían provocado una alucinación. Pero dentro de mí estaba completamente seguro de lo que había visto: un niño de unos dos o tres años observándome desde el centro de la alfombra.

—¿Y los gatos?

Los gatos en ese momento estaban en la habitación del fondo. Los escuché arañar la puerta y me acerqué para sacarlos de

allí. Pensé que una corriente de aire los había dejado encerrados. Hoy creo que fue *él* quien los encerró.

Hace mucho frío. Estoy tiritando. Debería dormir un rato.

—No hay tiempo. Tú mismo lo dijiste. Concéntrate.

Me duele el estómago. Mira, lo tengo muy duro. Creo que es por el hambre. Debería comer algo. ¿Cuánto hace que no me alimento? Al principio eran pequeños pinchazos espaciados en el tiempo, pero los calambres son cada vez más intensos. Como las descargas eléctricas en un interrogatorio.

¿Es esto un interrogatorio?

—¿Quieres concentrarte? Estabas hablando del niño.

En ese momento creí que eran alucinaciones. ¿Qué podía creer? Soy profesor de Filosofía. Mi vida se rige por la lógica.

(Observo la estatuilla de madera por el rabillo del ojo, desde el otro lado del salón)

No descansaba bien. Tenía pesadillas que no podía recordar pero que me despertaban de forma brusca, totalmente empapado.

(Fuego. Sombras. Un cuerpo carbonizado)

Pensé, ya te lo he dicho, que la falta de descanso empezaba a pasarme factura. Que imaginaba cosas. Esa misma tarde llamé a Elías. Es enfermero.

—Lo sé.

Le dije que no podía dormir, que me consiguiese pastillas del hospital. También le pedí que se quedara en casa conmigo unos días, para cuidarme. Obviamente no le conté nada del niño. Ni yo mismo, en ese momento, creía la historia que te he contado. O al menos me obligaba a no creerla.

—¿Cuándo empezaron las pesadillas?

...

(Siento que la figura puede oírme desde lo alto de la estantería con sus diminutas orejas de animal)

Tal vez no tiene ninguna relación...

—Veamos.

Recibí un, cómo decirlo, *regalo* de alguien a quien había olvidado completamente. Alguien de mi pasado más lejano. Pero no sé si tiene algo que ver...

—Es importante delimitar las fronteras, marcar el momento exacto en el que todo comienza. Descríbeme la estatuilla. No omitas ningún detalle.

Es una talla antropomórfica, bastante primitiva, de madera oscura. De aproximadamente un (espera) palmo y medio de altura. El cuerpo está retorcido: parece que esté sentado pero la posición es (algo no encaja) antinatural. Tiene un inmenso escroto y un falo erecto que iguala casi su tamaño. Su rostro, sin embargo, (algo va mal) es una masa informe que solamente por su posición en el cuerpo nos recuerda una cabeza. Esta característica es habitual en los amuletos de fertilidad, tanto en los masculinos como en los femeninos. No importa (haz memoria) su rostro. Importan sus atributos sexuales. Tiene unas diminutas orejas sobre la cabeza, como las de un animal. Al principio (no le has hablado de la estatuilla) me pareció una imperfección del tallado, pero ahora creo que está hecho a propósito. Me recuerda a Seth, el dios egipcio, aunque dudo que tenga (¿cómo sabía que ibas a hablarle de la estatuilla?) algo que ver. Es una figura horrible, pero hay cierto atractivo en ella. Un atractivo salvaje.

(Debes ir con cuidado)

—¿De dónde la sacaste?

...

—¿De dónde la sacaste?

...

—¿Vas a contestar?

La encontré junto a un contenedor de la basura.

—Eso no es cierto.

Sí lo es. En el contenedor de abajo de casa.

(Camino sobre los cristales hacia la talla. Crujen)

—¿De dónde la sacaste?

La compré en un anticuario.

—Mientes.

No, no miento. Había descuento en figuras demoníacas.

(Me pongo de puntillas y cojo la talla con la mano derecha. La estantería está llena de hormigas e insectos muertos. La primera vez que la toqué pensé que parecía esconder algo en su interior: algo cálido y blando. El peso de la madera no concordaba con el tamaño y el tacto era extraño. Ahora, sin embargo, está fría. Y juraría que pesa menos)

—Has dicho que la figura tiene una inscripción.

No, no lo he dicho.

(No lo he dicho. Doy la vuelta a la estatuilla. Mi nombre está grabado sobre la espalda del sátiro. Mi nombre y mis dos apellidos, para que no haya ninguna confusión)

—¿Vas a dejar de mentirme? No puedo ayudarte si no me ayudas. No tenemos tiempo. Está a punto de llegar. Debes confiar en mí. Lo creas o no, soy tu única esperanza.

Todo comienza con el timbre de la puerta. Las pesadillas. Las apariciones. Los animales. Si hay que elegir un inicio es

ese: el sonido del timbre rompiendo el silencio. No es un comienzo demasiado espectacular, pero es el que elijo. El sonido agudo, vibrante, y esa puerta que abro segundos después esperando encontrarme a un comercial de Gas Natural.

Pero no hay comercial, sino dos policías vestidos de paisano. Se identifican como detectives del Cuerpo Nacional de Policía. Me piden unos minutos para hablar conmigo, entran y se sientan en el sofá, al lado de uno de los gatos que no se mueve ni un milímetro para dejarles sitio. Me pregunto qué ha pasado. Pienso en mi madre, en Elías, en el hombre al que vendí el coche y sus posibles infracciones de tráfico, en algún vecino enfadado por quién sabe qué. Pienso en decenas de personas y sin embargo, cuando pronuncian su nombre, ni siquiera sé de quién me hablan.

¿Quién?

Entonces un rostro antiguo, casi olvidado, me golpea las retinas como un púgil golpearía una pera fija. Por un segundo no sé ni dónde estoy. Palidezco. Recupero mi propia mente. En él no había pensado. Un puño me aprieta el estómago. Es la última persona en la que hubiera pensado.

Encontramos esta figura junto a un cadáver calcinado, dice uno de los detectives sacando la talla de madera de una bandolera. No puede evitar una sonrisa cuando me la muestra, cogiéndola del enorme falo.

Pudimos reconocerlo por la dentadura, dice el otro. *¿Eran amigos?*

Me pregunto cómo puede reconocerse un cadáver por la dentadura pero no digo nada. Le respondo que hace siglos que no lo veo. Que fuimos amigos una vez y luego cada uno siguió su camino. En realidad apenas compartimos un año de nuestra vida, pero fue una relación de amistad intensa. Después, yo

comencé a trabajar en la universidad, me casé con una mujer, pedí una hipoteca, no tuve hijos y me divorcié. Omito hablar de los bares de ambiente tras el divorcio. Del momento en el que me di cuenta de que no me gustaba mi mujer. Ni ninguna mujer. Y por cobardía seguí la pantomima del matrimonio feliz hasta que fue ella la que se largó.

Él, sin embargo, siguió un camino bien distinto: desapareció. De un día para otro dijo adiós a todo y, sin dar explicaciones, se esfumó. No me sorprendió demasiado. Su vida le apretaba como un jersey de lana lavado con agua caliente. Huir era la única opción que tenía.

Tampoco les digo que, en ese preciso momento, mientras hablamos, he descubierto que probablemente él fue mi primer amor. Ridículo momento para una revelación así. En aquellos tiempos no podía saberlo. Enamorarme de un hombre, en mi cabeza llena de prejuicios, ni siquiera era una posibilidad.

Al parecer había más esculturas pero las llamas acabaron con ellas, me explica el primer detective mientras acaricia al gato, que se deja hacer.

Lo extraño es que esta figura, con su nombre, sobreviviese al fuego, dice el segundo con un tono suspicaz que no comprendo.

Los observo en silencio. Parecen esperar que diga algo pero no tengo ni idea de qué decir.

No ha sido difícil encontrarle, añade el primero tras unos segundos. *Solo debimos buscar en la guía telefónica.*

Escribió mi nombre porque sabía que eso los llevaría hasta mí. Que acabarían encontrándome y entregándome la figura. Pero ¿por qué deseaba que la tuviese yo?

Me hacen algunas preguntas a las que no puedo contestar. Yo tengo algunas preguntas que no formulo:

*¿Tenían las otras tallas, las que se quemaron, nombres grabados?
¿Tenían todas ellas falos enormes o eran diferentes entre sí?*

Antes de irse me ofrecen la estatuilla.

Suponemos que él querría que la tuviese usted, dice el primero.

Considérese afortunado. Es la única herencia que ha dejado. Todo lo demás se quemó, apunta el otro.

Y es penoso, pero me siento especial. Porque él, tantos años después, grabó mi nombre en un pedazo de madera.

Me entregan la figura con cierta solemnidad fingida. En un primer momento me repele la rareza de su tacto. Juraría que hay un leve bombeo de sangre en su interior.

¿Sus padres ya lo saben?, pregunto.

Sus padres murieron hace años, responde el agente. No tiene familia conocida. Si quiere, puede ocuparse usted de hacer algún tipo de ceremonia por el difunto.

¿Yo? No, no, apenas lo conocía. Supongo que habrá alguien que se ocupe de los entierros de los indigentes o de las personas que no tienen a nadie.

Los dos policías se miran. Sonríen. Uno de ellos me mira como miraría a un niño. Me hace sentir imbécil.

No, hijo. Siento decirle que no. Si cambia de opinión háganoslo saber.

Podemos entregarle sus cenizas, apostilla el otro. Y no sé si lo dice en serio o es su particular sentido del humor.

Los acompaño a la puerta y, en cuanto se van, coloco la grotesca figura en la estantería de arriba, junto a los libros de

Arte e Historia, sin pensarlo demasiado. Sigue ahí. Es lo único que dejé cuando vacié el salón preparando la *cacería*.

—¿Por qué?

No lo sé. Hay cosas que no recuerdo. O que recuerdo con poca precisión. Pero supongo que sentí que debía quedarse ahí.

—Observándolo todo.

(Exacto)

¿Por qué dices eso? Es solo una talla de madera.

(Todavía llevo la figura en mi mano. Tengo la sensación de que puede escucharme)

—¿Por qué no intentaste deshacerte de ella?

¿Por qué debería hacer eso?

(Dejo la figura de nuevo sobre la estantería. Arrastro sin querer con la manga una lluvia de insectos y hormigas que caen sobre la alfombra. Dios sabe que lo intenté)

—Volvamos al niño.

Deberíamos dejar esto y buscar una salida antes de que *ellos* vuelvan.

—Estamos haciéndolo. Estamos buscando una salida. Intentando encontrar un hueco por el que colarnos. Un hueco que en su día no vi pero que tal vez tú...

(Camino hacia la cocina y abro la nevera. Está vacía. También la alacena. Hay telarañas e insectos muertos por todas partes)

¿Dónde está la comida? ¿Cuánto llevo aquí atrapado? No pueden ser solo unos días. Mira a tu alrededor... no pueden ser solo unos días.

—Conseguiremos algo para comer. Háblame primero del niño.

Al principio estaba solo. Luego apareció ese otro hombre monstruoso... ¿Te he hablado de él? No puedo quitarme de la cabeza su aspecto: el cráneo desnudo hinchado, todo él lleno de pústulas. Tantas que es difícil reconocer su boca, su nariz, sus ojos o sus orejas entre los abscesos. Todo él es una gran úlcera. Todo él...

—No importa ese hombre. Háblame del niño.

¿El niño? Ya te he hablado del niño.

—Cuéntame las siguientes apariciones.

...

Elías pasó dos días en casa conmigo. Durante ese tiempo, todo estuvo tranquilo. Dormí de un tirón con las pastillas que me trajo. No solo con las pastillas. Elías es un hombre peculiar. Trajo velas de lavanda que encendía un rato antes de irnos a la cama y un atrapasueños que colgó de la lámpara de mi mesita.

Sé que estas cosas te parecen tonterías, pero piensa que no pueden hacerte ningún mal, dijo.

Estoy acostumbrado a mi madre. A sus rezos y a sus velas a la virgen. En el fondo es lo mismo. Le dejé hacer.

Fueron dos días geniales. Dos días inusuales, no sé cómo explicarlo. Follamos como locos. Hacía tiempo que no me sentía tan entregado. Y mis erecciones eran algo sorprendente. Cuando Elías se despidió para hacer una guardia me besó apretándome contra sus labios.

(Doy unos pasos hacia la puerta de salida y me coloco frente a ella, en el lugar exacto en el que Elías me besó)

Así da gusto hacer de enfermero, dijo sonriendo.

(Que es el lugar exacto en el que recibí a los dos detectives tras el timbre que inauguró todo)

Elías abrió la puerta para marcharse y los gatos no se separaban de él. Correteaban alrededor de sus piernas como pidiéndole que se quedara. Maullaban con urgencia y lo miraban a la cara, reclamando su atención de forma elocuente, casi humana. Hay escenas que solo más tarde cobran importancia.

(Y el lugar exacto en el que me atacó Argos)

Esa misma noche volvieron las pesadillas, a pesar del atrapueños, el aroma de lavanda y la ración doble de pastillas, aunque no fueron los sueños los que me despertaron, sino los gatos. Se habían vuelto locos. Gruñían, silbaban y daban vueltas en círculo junto al sofá. Jamás los había visto así. Supe que el niño había vuelto.

(Comienzo inconscientemente a girar en círculo imitando el movimiento de los animales, de forma pausada. Los cristales crujen sobre la alfombra. Sé que no solo son cristales, que también hay cadáveres de insectos. Y también hay algunos vivos. Noto sus picaduras en mis piernas. Picaduras sobre picaduras. Me ruge el estómago. Si no tuviese miedo de tragarme las esquilas más pequeñas me agacharía y comenzaría a llevármelos a la boca para calmar mi estómago. Hasta ese punto tengo hambre. Pero no lo hago. No quiero ser como ese monstruo que puso para vigilarme)

El primer espejo que rompí era de mano. Fue un accidente. Se me ocurrió que, a través de él, podría descubrir aquello que los animales veían y quedaba fuera del alcance del espejo del baño. Y así fue: en su superficie ovalada apareció el reflejo

de mis dos gatos dando frenéticas vueltas en círculo. Justo en el centro estaba el niño. No miraba a los animales. Me miraba a mí. Lancé el espejo por un estúpido impulso y estalló contra el suelo. Corrí a mi habitación y me encerré. Llamé por el móvil a Elias y le pedí que viniese a casa. Estaba muy asustado. En cuanto escuché la puerta, casi una hora después, salí de la habitación y lo abracé llorando. Los gatos estaban en el sofá, tranquilos, ajenos a todo)

—¿Qué le dijiste?

(Siento un calambre en el abdomen. Mi vientre se contrae. Me doblo sobre mí mismo)

—Espera, ¿qué le dijiste?

(El dolor es muy intenso. No puedo aguantar el equilibrio. Caigo)